LA PROPIEDAD INTELECTUAL

GALERIA DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

# JUAN RENTER

ENSAYO DRAMATICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JUAN CORONA SALADO

HABANA
Imprenta "La Constancia" Manzana Central
1896

JUAN RENTER

GALERIA DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

# JUAN RENTER

ENSAYO DRAMATICO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

JUAN CORONA SALADO

ESTRENADO
en el Gran Teatro Payret con éxito la noche del 30
de Abril de 1896,
para el beneficio del primer actor D. Luis Roncoroni

PRECIO DE CADA EJEMPLAR: UNA PESETA

HABANA
Imprenta "La Constancia" Manzana Central de Gómez
1896

Al insigne novelista y dramaturgo

**Don Benito Pérez Galdós**

---

*No es al escritor eminente; es al amigo bondadoso que me honró con su amistad, al que me atrevo á dedicarle esta humilde concepción mía.*

*Tenía verdadera ánsia de probarle á Vd. lo mucho que le quiero y le admiro, y aprovecho esta oportunidad.*

*No mire Vd. lo pobre del obsequio, y piense sólo que gracias á él encontré la ocasión de enviar á Vd. un abrazo á tantas leguas de distancia.*

*Juan Corona.*

*Habana. Abril 30 de 1896.*

| PERSONAJES | | REPARTO |
| --- | --- | --- |
| SEÑA ANTONIA..... ... | 60 años (1) | SRA. RODRIGUEZ. |
| madre de | | |
| JUAN.. ........................ | 26 años | SR. RONCORONI. |
| amante de | | |
| ROSA... ....... ...... ........ | 24 años | SRA. MAZA, |
| madre de | | |
| PEPIN........ ................ | 5 años | NIÑO DU-BOUCHET, |
| SANTIAGO ................... | 27 años | SR. BUXENS, |
| PAULINO.............. ............ | | „ PAEZ |
| EL CHATO.... ..................... | | „ ARIMON |
| EL JUEZ............................ | | „ MARIMÓN |
| GUARDIA 1º........................ | | „ FRANCO |
| IDEM 2º...... ............. ... | | „ CLOTAS. |

JENTE DEL PUEBLO, GUARDIAS

La acción en Madrid. Epoca actual

[1] Este papel será repartido á la primera actriz de la compañía.

# ACTO ÚNICO

La escena representa la casa de Juan. A la derecha [del actor] una puerta que comunica á una alcoba. Al foro, puerta. En segundo término, izquierda, una cómoda vieja, y sobre ella un fanal vacío, varias fotografías y algunas herramientas. En primer término, derecha, una mesa de pino y sobre ella un tintero, algunos libros en desórden; varios periódicos; papel blanco; una palmatoria con un cabo de vela, y algunos otros objetos. Por la habitación algunas sillas de paja, viejas, y un sillón junto á la mesa. Todo demostrará la miseria que reina en la casa.

## ESCENA PRIMERA

JUAN y PAULINO entrando por el foro.

JUAN. ¡Cobardes!

PAULINO Así no concluirémos nunca; mucha discusión; muchos temores, y por fin, un arreglo; lo de siempre.

JUAN. Si; mucha discusión y mucho cariño al látigo que deja profundos surcos de sangre. Parecen perros!

PAULINO ¿No era un plan concebido?

JUAN. Nadie ignoraba el objeto de la reunión de hoy; ¿á qué, pues, tanto discutir? Llegar, correr la suerte, y el elejido vengarnos rápidamente; he aquí á lo que debió reducirse todo.

PAULINO Asi creí yo que sería, pero ese Pablo......

JUAN. No me hables de él; cuando empezó su discurso aconsejando volver al Marqués para proponerle las nueve horas de trabajo, sentí que mis nervios se crispaban, y sentí deseos de ahogarle. ¡Volver al Marqués!.........¡Como se reiríá de nosotros, de los siervos, de los perros! Otra vez allí; á sus plantas; á lamerle la mano con que nos azota y á pedirle un pedazo de pan! ¡El Marqués! Le proponemos, ya hace tres meses, las ocho horas de trabajo, lo justo, lo equitativo, lo que reclaman las leyes de humanidad, y nos contesta con arrojarnos de la fábrica que regamos con nuestro sudor; con separarnos de aquellos muros, testigos insensibles de nuestras tristezas y de nuestras fuerzas abatidas. No vuelve á escucharnos y siembra en nuestros hogares el hambre horrible y la miseria espantosa.........y Pablo habla de perdonar!.........¡¡De perdonar!! (indignado) Entonces sería igualarnos al Redentor, y ése fué muy grande para que podámos imitarle.

PAULINO La venganza se impone.

JUAN. Si; pero venganza dura, tremenda, sin compasión. Probémos lo que somos, lo que valémos.

PAULINO ¿Habrá terminado aquello?

JUAN. Yo no vuelvo; no respondo de mí si oigo otra vez á aquel miserable; además, mi madre está muy enferma y pudiera necesitarme. Vé tú á ver si llegas á tiempo, y ven después á decirme el resultado de la votación si la hubo, pero si, desgraciadamente, lo propuesto por Pablo, se aprueba, dile al Presidente que me borre de la lista; no quiero pertenecer á sociedad de imbéciles.

PAULINO Hasta después. (mutis por el foro.)

## ESCENA II.

JUAN y despues SANTIAGO (por el foro.)

JUAN. Vuelve pronto. Si los compañeros no resuelven

nada, mi desesperación será horrible........ ¡La venganza!....Siempre la venganza! Lo único que está á nuestro alcance.........¿A que vacilar! El capital nos ofendió, pues ¡abajo el capital!

SANT. (saliendo) ¡Y arriba las cabezas destornilladas!

JUAN. ¿Ya vienes como siempre, mofandote?

SANT. ¿Y qué quieres que haga tratandose de ideas tan descabelladas?

JUAN. ¿Descabelladas? (con entusiasmo.) Las más santas! ¡Las más nobles!

SANT. Ya empezamos como todos los días.

JUAN. Tuya es la culpa.

SANT. Ante todo. ¿Cómo está tu madre?

JUAN. Igual, si nó peor. Aun no había venido el médico.

SANT. Estará ocupado, hombre, ya vendrá. Ya sabes que ahóra hay muchos enfermos pobres á quien atender.

JUAN. Si; pero á mi madre es á la que menos atiendo. Creeriase que tiene ganas de que se muera.

SANT. ¡No blasfemes! Bien sabes que cuando tuvo aquellos ataques que la pusieron en gran peligro, días húbo de hacerle tres visitas: muchas de ellas á altas horas de la noche. ¿Veis lo que sois los descontentos? Mal pensados, y desagradecidos por contera.

JUAN. Aquello lo haría por el bien parecer. Desengáñate Santiago, en campo donde no hay trigo no acuden los gorriones.

SANT. No lo pienses. Aun que no lo creas, todavía existe la caridad en el mundo; todavía hay almas generosas, que, esperando recompensa en otra vida mejor, hacen todo el bien posible en ésta.

JUAN. (Con desprecio). ¡Otra vida! Sí; tienes razón; esa otra vida es la del millonario, la del que tiene en sus manos el proporcionarse toda clase de placeres y comodidades, sin que la voz de la conciencia en uño de esos momentos de orgia,

le grite que aquello que derrocha no es suyo; que hay séres que para comer lo necesitan...

SANT. Eso no es cuenta tuya. Tú, ni otro mortal es el llamado á juzgar la conciencia de los hombres. Si la fortuna, que por ser suya la derrochan, ha sido mal adquirida y empleada en ofender á Dios y á la moral, en su superior, un *algo* que tu no concibes, se encargará de castigar á quien no quiso reprimir sus pasiones.

JUAN. ¡Hermosa doctrina!... sobre todo para los que la aprovechan, llenándose el estómago, y teniendo la cartera repleta de billetes de Banco.

SANT. ¿Quieres que los tiren?

JUAN. (con energía.) Quiero que séan bien empleados.

SANT. Y el emplearlos bien seria, traerlos á tu casa ó repartirlos entre media docena de holgazanes, diciéndoles; «vaya; á holgar y á divertirse»... y meterse en la taberna; y exaltados con el alcohol y con el juego, origínarse la disputa y después la riña, y más tarde dar con vuestros cuerpos en el cementerio ó en la cárcel; ¿no es éso?

JUAN. (con entusiasmo creciente.) Entre los mios abundan los hombres honrados y dignos.

SANT. Honrados y dignos... ¡imposible!

JUAN. ¡Santiago!

SANT. Y por que no añades que son inofensivos?

JUAN. Sus hechos son una justicia santa. Tu no puedes concebir esto.

SANT. ¿Y quien da derecho para juzgar á nadie á los que deben ser juzgados?

JUAN. Nuestra honradez y nuestra ciudadanía.

SANT. Si no hay tal honradez!

JUAN. ¿Por qué?

SANT. Es muy sencillo. Vuestras ideas tienden á la destrucción, y no me negarás que el que destruye á sus semejantes, ni es digno, ni es honrado, y sólo merece el calificativo de fiera sedienta de sangre.

JUAN. La sociedad nos ha obligado á éllo.

SANT. Bonita manera de justificarse.

JUAN. Nosotros buscamos la regeneración.

SANT. ¿La regeneración por esos medios? Graciosa manera de regenerar el mundo; es al igual que si un médico para salvar á un enfermo le amputase la cabeza, estando dañado de una pierna.

JUAN. [sentándose] No has de convencerme, no te canses.

SANT. No, si ya lo sé, y ese es mi sentimiento mayor.

JUAN. Con tus doctrinas vamos derecho á la esclavitud abolida hasta en Cuba y á la trata de blancos.

SRNT. Y con las tuyas *contundentes*, si no convincentes, derechos á la ruina y al desquiciamiento... ¡qué se yó!....del orbe entero.

JUAN. Preferible es. Undámonos de una vez todos en apretado abrazo; esplotados y esplotadores.

SANT. Y tambien los hombres *dignos*; ¿no quedamos en que eráis dignos?

JUAN. (exaltado) Y honrados... y martires!......

SANT. Lo que no impide para que alguna pobre mujer llore al verse abandonada por alguno de esos mártires, despues de haber dejado indelebles y deshonrosas huellas de su paso por el corazón de aquella infelíz.

JUAN. (molestado). ¡Santiago!

SANT. No hace falta gritar. Espera. (cierra todas las puertas) Voy á referirte, por si se te olvidó,una historia, que como regenerador, digno, honrado y martir, te viene de perilla.

JUAN. Es que.........

SANT. Soy breve; escucha. Rosa éra una planchadora honradísima que como tu sabes, con el misero jornal, que á fuerza de muchos trabajos ganaba, mantenía á su anciana madre que adoraba en ella y que era su único amparo. Quiso .....el infierno, por que Dios es imposible, que te conociese y se prendase de tí, con locura, con delirio; y aquella alma pura, virginal, nacida para amar y ser amada ,no con ese amor que entendéis los profanos en cosas del

cielo, si no con un amor santo, purísimo, que redime, que eleva, que hace santo á......á otra que no fueses tu, perdió su pureza en tus brazos, engañada por falsas promesas y mentidos alhagos.

JUAN. (mal humorado) Si, pero es que.........

SANT. No hé concluido. La desgracia de aquella infelíz había de ser mayor todavía. ¿Lo recuerdas? Con el nacimiento del hijo de Rosa, que es tu hijo, coincidió la muerte de aquella pobre anciana, que no pudo sobrevivir á la deshonra del angel de su hogar, criado y educado en Dios y para Dios con tantos desvelos y tantos cuidados. Y el regenerador de la sociedad, el que aspira á figurar en el martirologio, ¿qué hizo al ver sola, deshonrada y madre á aquella pobre mujer? Abandonarla, como se deja un mueble inútil que ya nos cansó. Y esa mujer, Rosa, lejos de despreciarte cuanto mereces, te ha levantado un altar en su corazón; y allá, con su hijo, en un rincón de su pobre vivienda, te consagra una vida llena de heroismos, de virtudes, de privaciones que desaparecerían tan pronto como quisiera lanzarse al arroyo. Han pasado seis años, bien lo recordarás, y ni una vez siquiera has sentido el santo amor paternal, yendo á dar un beso á tu hijo, al que lleva sangre tuya en las venas, ya que no tu apellido.

JUAN. Pero tu ignoras que el carácter de Rosa era insufrible. Siempre hablándome de Dios, de la Iglesia, del pecado que habiamos cometido, de la manera de justificarnos ante la Santísima Vírgen del Socorro, de que ella era ferviente devota, y de otras mil sandeces, que dime si hay hombre, que de tal se precie, que pueda soportarlo.

SANT. (despues de mirarle con desprecio) Si; tienes razón... Nada, nada; á regenerar el mundo... Pero oye un consejo...martir, (en voz baja) Cuando pretendas censurar la camisa de los demas, procu-

ra que vaya limpia la tuya. Vaya, voy á ver á tu madre. [mutis por la primera derecha.]

JUAN. Anda con Dios...fraile de la orden de predicadores (Pensativo) (Pausa) Mucho tardan los compañeros. Y han de venir, sin duda alguna. Soy secretario de la sociedad, y han de darme cuenta de cuantos acuerdos se tomen...y el de hoy es de interes... (de pronto) ¿Quien habrá sido el favorecido? Quizá yo ..pero ¡cá! la suerte no es para quien la busca.

SANT. (Saliendo) Vaya, tu madre está bastante despejada y yo me voy á comer; así que termine volveré a relevarte. Como no trabajamos, hoy puedo dedicarle toda la tarde.

JUAN. ¿Se ha concluido la obra?

SANT. No; pero está cayendo agua si Dios tiene qué, y es imposible subirse al andamio. Un jornalillo menos esta semana! todo sea por Dios!... Confianza en él, que no ha de olvidarnos. (Con intención, alejándose)

JUAN. Dichoso tu que te consuelas tan fácilmente.

SANT. (Volviendo) Ah!...á ver si cuando yo vuelva, has resuelto el problema de la regeneración social. (Vase riendo)

JUAN. Adios, buen hombre.

## ESCENA III

JUAN y á poco EL CHATO y PAULINO.

JUAN. Ah! Santiago, Santiago...que mal haces en burlarte; quiera Dios no llegue á olvidar el fraternal cariño que siempre nos unió.

PAULI. (Saliendo) Me alegro que estés solo.

JUAN. Mucho tardasteis. Habia llegado á creer que os habiais olvidado de mi. ¿Que hay?

CHATO. ¿Olvidarte?

PAULI. Imposible.

CHATO. Y hoy menos que nunca.

JUAN. Pronto, que pueden venir. ¿Que hay? ¿Hubo votación? ¿Quien fué el elejido?

CHATO. Calma; y vamos por partes. ¿Se puede hablar sin cuidado?

PAULI. ¿Nos escucharán? ¿Y tu madre?

JUAN. Espera. (Va á la puerta de la alcoba y mira el interior) Parece aletargada. (cierra) Habla ya.

PAULI. Tu sabes que el objeto de la reunión de hoy, obedecía á la necesidad de elejir uno que llevase á cabo el plan trazado; el de volar la fábrica. El marqués no vaciló en dejarnos sin pan y nosotros no debemos vacilar en nuestra venganza.

JUAN. Sí; todo eso lo sé; adelante.

CHATO. No tengas prisa. Juan, que todo llega.

PUALI. Como sabes más de cincuenta había; todos alegres, deseando todos ser los elegidos, con entusiasmo, con alegría inmensa. Se pasó lista, y ademas de los enfermos y de los que por causas especiales no pudieron asistir, faltaban Pablo, que se retiró, y Bastian y Andrés, que como sabes, han hablado siempre mas que nadie, y ahora estan solicitando un mísero jornal, casi de rodillas, del Marqués de Cerney.

JUAN. ¡Cobardes! Sigue, sigue.

CHATO. Oye antes, Juan. ¿Tu eres capáz de todo? Verdaderamente, si llegase el caso te sacrificarías gustoso? ¿No vacilarías? Es decir, ¿dejarías el bien propio por el de la humanidad explotada?

JUAN. ¿Que dices?

CHATO. Contesta, Juan, y no te incomodes; pero antes de contestar interroga á tu conciencia, interrógala; pregúntate á ti mismo si lo que defiendes es lo que sientes, y sobre todo, consulta .....

JUAN. Basta ya; quien tales preguntas hace, no solamente ignora el valor de que me hallo poseido y la convicción profundísima que tengo de mis doctrinas, sino que es incapaz de sentir y poner en práctica cuanto predica.

CHATO. Es que hay momentos, Juan,...hay circunstancias especiales en la vida en que el espíritu más fuerte vacila y......

JUAN. (con desesperación) Nada hay que me haga vacilar. Si este planeta en que vivimos, si esta redondez preciosa que manchamos con nuestras pisadas fuese posible oradarla y llegar allá, muy adentro, al corazón, y se necesitase un hombre que bajase á colocar una máquina que al estallar dividiese la tierra en diez millones de pedazos, ese hombre sería yo. Calcula, si cosas mas insignificante me harán vacilar.

PAULI. Bien, oye. Pasada la lista, se procedió á meter en una caja los nombres de todos los asistentes.

JUAN. (con ansiedad,) ¿Y el mio?

PAULI. También; accediendo á tu deseo.

JUAN. Es claro; adelante.

PAULI. Fueron bien revueltos y......

JUAN. (siempre ansioso.) Sigue......

PAULI. Mi hijo metió la mano; sacó un nombre....

JUAN. ¿Y qué?

PAULI. Era el tuyo.

JUAN. El mio; (sin dar crédito.) Habla, habla Paulino di que no sueño.

CHATO. Mira el acta. (enseñándosela.)

JUAN. A ver......(leyendo). «Al asociado Juan Renter,» no, no sueño; aquí está (en el paroxismo de la alegría) Míralo; míralo; Juan Renter. Mira escrito en cuatro líneas, el término de todos mis padecimientos.

## ESCENA IV.

### DICHOS Y SEÑÁ ANTONIA (por la 1ª derecha.)

ANTON. (vacilante, apoyándose en las paredes) ¡Como me lo figuré! Ya están estos aquí.

JUAN. ¡Madre! ¿Por qué se ha levantado Vd.? ¿Nos quiere Vd. dar un disgusto? El médico dijo... (dejando el acta sobre la mesa.)

ANTON. (desfallecida se deja caer en el sillón.) El médico ha dicho que necesito alimento... y tú no me lo traes. Pues bien, yo voy á buscarlo. Yo pediré limosna de puerta en puerta y haber si cuando oigas decir: «esa pobre mujer tiene un hijo joven y fuerte que no trabaja, que no la lleva pan,» sientes en tí un resto de compasión por la que tantos trabajos pasó para criarte y hacerte hombre, y trabajas, y abandonas á estos hombres, y te acuerdas por un momento de que tienes el deber, ¿lo entiendes? el deber de hácerme menos penosos los últimos días de mi vida.

JUAN. ¡Por Dios, Madre...!

ANTON. Te duele que estas cosas las oigan tus... amigos, ¿verdad? No te importe. Para ellos ni es nuevo ni les conmueve ninguna fibra del alma; es su obra y en ella se recrean al verla casi terminada. ¡Amigos! ¿Pero es posible que os atreváis á dar ese nombre á mi hijo? ¿No os falta el aliento para pronunciarle? Vosotros, los que veis la miseria horrible en que vivimos y sin embargo le apartáis de la vida del trabajo, os atrevéis á llamarle amigo... ¡Qué sarcasmo! ¡Y estos son hombres...! ¡Merecíais ser mujeres y tener hijos!...

JUAN. ¡Madre!

ANTON. (animada) Y entonces, solamente entonces, apreciaríais el dolor que se experimenta al ver al fruto de nuestras entrañas guiado por hombres criminales, tomar el rumbo de infamantes sendas... Pero ya obtendréis el castigo. ¡No es posible que maldad tanta quede impune!

JUAN. ¿Quiere Vd. callarse?

ANTON. (Pausa. Se seca las lágrimas) Vaya; no os quiero estorbar. Seguid vosotros embaucándole, mientras yo me voy á implorar lo que mi hijo me niega.

JUAN. ¿Qué vá usted á salir?

ANTON. Si, es mejor para tí, tonto. Así puede que no te dé el disgusto de morir en casa.

JUAN. ¿Qué dice usted? Por Dios no sea V. tan cruel!

PAUL. (respetuoso.) Seña Antonia, todo puede arreglarse. Nosotros hemos venido para ofrecer trabajo á Juan, y desde mañana......

ANTON. Lo único bueno que habreis hecho en toda vuestra vida. [con ansiedad] ¿Pero es verdad, Juan? ¿Comeré mañana?

JUAN. [sombrío.] Sí; los dos comeremos.

PAUL. Les dejamos á Vds. Qué Vd. se alivie señá Antonia, y si de algo servimos, mandar; (á Juan haciéndole señas de inteligencia) y tú... no te olvides de... ir al trabajo.

JUAN. [con efusión] Antes me olvidaré de que hé nacido.

CHATO. Hasta mañana, pues. [en la puerta rápido á Juan] En caso de prisión, no sabes nada.

JUAN. Descuidad, seré mudo. [mutis Paulino y el Chato]

## ESCENA V.

### SEÑA ANTONIA Y JUAN

JUAN. Me há avergonzado Vd. delante de gente.

ANTON. Señal de que resta algo de vergüenza. Es buen sintoma.

JUAN. V. sabe bien que he buscado trabajo, inutilmente, pues que en sitio alguno me han recibido.

ANTON. Prueba palpable de la fama que tienes de revoltoso, de descontento, de huraño y de mal trabajador. Fueras más humilde, más cariñoso y más fiel á tus amos, y tu madre tendría pan que llevarse á la boca. No; y el ejemplo bien cerca lo tienes: ahí está Santiago, que debía servir su presencia para enrojecerte el semblante.

JUAN. Es que yo no sé ser esclavo. El capital nos oprime, nos estruja y trata de ahogar hasta los lamentos del que sufre para que la conciencia no

le turbe el sueño. (con entusiasmo.) Hora es de que el obrero se redima y participe de los inmensos beneficios que da la tierra por todos sus hijos.

ANTON. Esas, ¡esas son las doctrinas que te pierden.

JUAN. Perderme no; salvarme ó arrastrar en mi caida á los opresores.

ANTON. Hijo; es que hay más gloria para el que perdona que para el que se venga.

JUAN. Por qué no dan ellos el ejemplo?

ANTON. Porqué no has aprendido tu á ser mejor hijo? ¿acaso eso se enseña también? Y si tú te sacrificases, ¿quién había de recompensarte? Dios no, que en las alturas no gustan de criminales.

JUAN. Pero con mi sacrificio se daba un paso adelante.

ANTON. Y que significa un paso en carrera tan larga?

JUAN. ¿Y el placer de la venganza?

ANTON. ¡Ay hijo! Es que tu ignoras que el placer de la clemencia es eterno, mientras que el de la venganza se saborea solo breves momentos.

JUAN. Dijérase, madre, que tiene V. el encargo de hacerme esclavo.

ANTON. No; es que soy madre y el cariño maternal vé mucho más allá que las alucinaciones de media docena de locos. Apártate de ellos, hijo, huye de su lado si aun es tiempo. Mira que la enfermedad es contagiosa, y muy insensiblemente pueden hacerte instrumento de sus torpes proyectos.

JUAN. ¿Y la humanidad, madre? Y la salvación de los que gimen?

ANTON. ¿Es que en tu casa no tienes bastantes lágrimas que secar? Deja al mundo entero y cumple tus deberes.

JUAN. Es que yo me he impuesto el deber del sacrificio....

ANTON. Y mientras te sacrificas por un advenedizo olvidas á tu madre que padece los rigores del hambre.

JUAN. ¡El obrero sufre! [muy animado.]
ANTON. ¡Tu madre también!
JUAN. ¡Justicia, madre, justicia!
ANTON. ¡Pan, hijo, pan! (pausa.)
JUAN. Nada adelanta Vd. con excitarse, y más bien puede que le perjudique. Vamos, métase V. en la alcoba y á acostarse.
ANTON. No he de meterme en la cama, hasta después de que tóme algún alimento. Mira tú como há de sér.
JUAN. Yo doy á Vd. mi palabra de que hoy mismo saldré á la calle y á cuenta de mi jornal de mañana......
ANTON. (desfalleciendo sobre una silla.) ¡Ah!... me ahogo... se me vá la vista.. ...
JUAN. ¡Madre! ¡Maldita sociedad!......
ANTON. (volviendo en sí) Ah! (suspirando,).. ... ya pasó,.... creí que me moria .....
JUAN. ¡Qué angustia!
ANTON, Anda, hijo, anda á remediar los padecimientos aj enos.
JUAN. No; donde voy ahora mismo es á poner fin á los de Vd... (y á los mios. Basta de sufrir; cumpláse mi destino y caiga el que caiga.)

## ESCENA VI.

SEÑA ANTONIA, JUAN y luego ROSA y PEPIN (foro)

ANTON. Te vás?
JUAN. Si, me voy, pero pronto vuelvo. (¡Pobre madre!)
ANTON. Te espero con ansia.
JUAN. A dios. [al salir tropieza con Rosa y Pepin que entran] ¡Rosa!...... ¡Tú en mi casa?
ROSA. Qué te extraña? Ya que tú no vas al monte el monte viene á tí.
ANTON. ¡Rosita!... ¡Pepin!... ¡Hijos mios! [besa al niño.] No me ha olvidado Dios.
PEPIN, ¡Abuelita! [abrazándola.]

ROSA. ¿Qué tal ese ánimo? Mejor, ¿hé?.....

ANTON. Si, pronto estaré libre de todos males.

JUAN. (llevàndola al proscenio) ¿Qué significa esto? ¡Habla!

ROSA. [con cariño.] Si me pones esa cara tan fosca, nada he de decirte. El tiempo transcurrido sin vernos, me da derecho á que me trates con amabilidad; ya ves que no te pido mucho.

JUAN. ¿Con que objeto has venido? Habla, y procura que no demos un espectáculo delante de mi madre, que no está nada buena.

ROSA. Por eso he venido. Supe que tu madre se hallaba gravemente enferma; supúse que tu estarías trabajando, y de ambas cosas saqué la consecuencia de que aquí hacia falta una enfermera, y á nadie concedo el derecho que me asiste para desempeñar esa plaza. Me dije «allá voy; y si el no quiere verme, los momentos que permanezca en casa, yo me ocultaré á sus ojos para que no se disguste, y si la vista de su hijo le daña, le ocultaré conmigo y le besaré mucho, mucho; por él y por mí.» ya ves que mi crimen no es de los que merecen pena de muerte.

JUAN. ¿Nada más que eso te trajo aquí? ¿No me enganas? ¡Tú callas!... ¿Por qué callas?

ROSA. [llorosa.] Ay Juan! Oyéme un momento y después échanos, si quieres, de tú casa...... pero mira...... tu hijo, [movimiento de Juan] si, tu hijo, va á cumplir seis años. Su imaginación se vá despertando; no ignora quien es su padre; me vé llorar constantemente, y todas estas cosas le forman un carácter tan sombrío, que da miedo. Como tu nombre y el de Dios, fué lo primero que le enseñé á pronunciar, reza, y después pregunta: «¿cuando viene papá?» pero de un modo ¿si vieras?; si lo oyeses segura estoy que habias de estremecerte.

JUAN. Bien! ¿y qué quieres?

ROSA. Que nos vayas á ver á menudo...... á mi no; á

él. Con tu presencia se reformará su modo de ser y no crecerá con la tristeza sombría en su corazón, Tú le enseñarás, tú......

JUAN. ¡Ay! ya es tarde. [con desaliento,]

ROSA. Tarde ¿por qué? aún es tiempo!

ANTON. (al niño.) Me quiéres hijo mío?

JUAN. [á Rosa, cojiéndole una mano.] ¿No has visto en noches serenas, cuando, con la imaginación inquieta, se tiene fija la vista en los espacios, desprenderse una estrella, un aeréolito, que con rápido descenso va á perderse en la inmensidad de la atmósfera? Pues al igual de ese fenómeno astronómico, yo soy un planeta social, que por el movimiento de los astros que me rodean, he perdido mi centro de gravedad y voy bajando, bajando muy de prisa, con una velocidad increible, hasta llegar al fondo, á lo inevitable, al sepulcro.

ROSA. Detén tu carrera! [seguido y animado el diálogo.]

JUAN. Imposible. La conmoción sería espantosa.

ROSA. Por lo menos avisa para evitar el choque.

JUAN. Voy ciego, una idea me domina.

ROSA. Pues abre los ojos, y mira que en tu rápido descenso has tropezado con otro planeta, conmigo, y le has arrancado un pedazo de su ser.

JUAN. ¿Y quién vuelve la vista atrás? Lo que toco queda infamado.

ROSA. Pues ten el valor de tus ceguedades y arrastra contigo lo que deshonraste.

JUAN. [con exaltación] Un nuevo crimen?

ROSA. Otro más ¿qué importa?

JUAN. No puede ser, me siento cobarde.

ROSA. Entónces todavía quieres á tu hijo?

JUAN. (Respirando con fuerza) Si! aun tengo algo del hombre.

ROSA. ¡Gracias Dios mio; [pausa.] Serenáte, Juan, tú eres bueno, tu tienes un gran corazón, pero alguien te lo ha falseado. Como estás dominado por hombres sin entrañas que se valen de tu credulidad asombrosa, quieren salir á tus labios pa

labras de cariño, y tus labios vacilan, por que no tienen costumbre de moverse para pronunciar palabras dulces; sientes deseos de besar con el alma á seres queridos que unas ideas mal interpretadas han separado de tí, y tus labios permanecen rígidos, se niegan, no quieren, no saben lo que es eso. Piensa en este un momento, y aun confío en que sabrás librarte de la red en que te han envuelto, y volverás á nosotros; á la tranquilidad, á las dichas y dulzuras del hogar, á amar y á ser amado.

JUAN. [conmovido.] Qué es esto que pasa por mí? Qué siento yo? [enfureciéndose paulatinamente.] ¿Porqué siento escalofrios en todo mi cuerpo? ... ¿Será miedo? Ah! sí; miedo es; miedo de mi mismo... Miedo...... de sentirme cobarde. Y todo es obra de una mujer sensible!...... y yo aspiro á conmover al mundo.... Ah! pero no vacilaré.... evitemos la conmoción......! rodémos! [á Rosa.] ¡Has creido que con tus sensiblerias habias de conmoverme? Pues te engañaste!

ROSA. [llorando.] Juan!

JUAN. Lo ves? Ya dimos el espectáculo. Finge. Mi madre nos mira.

ROSA. [ahogando los sollozos.] Pues, ya sabes, aquí te esperamos.

JUAN. [tratando de serenarse.] Yo no tardaré......

ROSA. (¿Qué cosa horrible veo en sus ojos! locura no és.)

JUAN. Adios, madre. [váse hasta la puerta.]

ANTON. Vuelve pronto que desfallezco.

JUAN. [volviendo.] Ah!...... déme Vd. un beso.

ANTON. [con asombro] Qué? Tantos años hace que no me los pides que había creido que olvidastes los que me debes.

JUAN Me lo dáV. si ó nó?

ANTON. No hé de dártele? [al inclinarse Juan para besarla y en voz baja.] Dame dos, uno para tu hijo.

JUAN. También Vd? [marchándose.]

## ESCENA VII.

DICHOS y SANTIAGO. [foro.]

SANT. ¿Vas á la calle?

JUAN. Si, adios Santiago. [con resolución.] Ahí queda eso. [váse.]

SANT. Muy sofocado vá. Echan chispas sus ojos. [á Rosa.] Al fin vino Vd. Antes de ahora debió decidirse. ¿Como vá ese valor, seña Antonia?

ANTON. El valor no me abandona, hijo. Hice buen acopio de él, para el último momento que no no ha de tardar.

SANT. Quién piensa en eso! Digo, y ahora que tiene Vd. aquí el nietecillo. Mire Vd. que guapo.

ANTON. Dios ha querido darme este consuelo en medio de mis agudos dolores. Dios há inspirado á Rosa.

ROSA. (con ansiedad.) Santiago, por caridad; corra usted detrás de Juan; sigále, no le pierda de vista. Sus palabras, sus ojos que no me engañan, mis propios presentimientos, me gritan que algo horrible maqüina su cerebro, que alguna fatalidad mayor nos amenaza.

SANT. Es verdad que algo estraño he notado en él.

ROSA. ¡Nos le roban, Santiago, lo apartan de nosotros! Corra Vd. si aun es tiempo.

SANT. Si, voy pues. [váse corriendo foro.]

## ESCENA VIII.

ANTONIA ROSA y PEPIN.

ROSA. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! Qué no sea tarde!

ANTON. ¿Acaso temes por mi hijo?

ROSA. Algo muy horrible he leído en sus ojos, y aun que me engañe respecto á las causas, los resultados han de ser funestos.

ANTON. [llorando.] ¡Ay de mí!

ROSA. [llorando.] ¡Madre!

ANTOÑ. Ah! como se acelera el fin de mi vida; lo conozco, Rosa, lo conozco. Veo estas paredes, estos pobres muebles, hasta el suelo con estrañeza, con alegría, como si nunca lo hubiese visto. Algunas veces, desde hace pocos días, en mi delirio, en mi fiebre, veo que los objetos me miran con lástima, con unos ojos muy grandes, muy grandes; veo que las paredes lloran muy amargamente corriendo á lo largo de éllas inmensos lagrimones que bajan á humedecer el suelo, en tanto que éste, al pisárle, parece que se queja, y que repite «adios, adios» y no me atrevo á seguir andando, me dan miedo los quejidos, y no quiero hacerle daño. Todo, todo me indica que mi fin se halla próximo y nada me acongoja más que el pensar las culpas grandes que de estos sufrimientos tiene mi hijo. El se dejó dominar por una idea insensata, y me abandonó, logrando que con la debilidad mis males adelantasen á pasos agigantados. Ahora el siglo, dará un gran suspiro de satisfacción al ver su obra, al ver desaparecer lo que llama ignorancia, tinieblas, cuando sólo tiene un nombre, uno sólo; madre!

PEPIN. ¿Volverá pronto papá?

ROSA. Si hijo mío, ha ido á buscar pan para la abuelita.

PEPIN. Ni un beso me ha dado siquiera.

ROSA. Yo te lo daré por él, ven.

PEPIN. Tu ya me dás muchos todos los días.

ANTON. Y mío. ¿le quieres?

PEPIN. (corriendo á sus brazos.) De tí, sí; abuelita.

ANTON. (Al acercarse el niño da un grito de angustia apretándose los ojos desesperadamente.) Ah! Dios mío.. La vista se me nubla... no veo ...me muero...

ROSA. ¡Abuelita!

ANTON. Hijo mío! Pepin......donde estás?... no te veo!.. (desfalleciendo)

PEPIN. Aquí estoy.

ROSA. Dios mio! Alarga su vida algunas horas; permite que el hijo se despida de su madre......no no nos olvides ........

ANTON. (volviendo á la vista) Ah!.. sois vosotros... acercaos mucho... no os movais de mi lado; que os vea yo al cerrar mis ojos para el sueño eterno.

ROSA. No hay que pensar en eso.

ANTON. (debilmente) Ahora más que nunca Rosa. He visto la muerte muy cerca, y tengo la convicción de que no vuelvo á ver á mi hijo.

ROSA. El vendrá en seguida.

ANTON. Quizá sea ya tarde.

ROSA. Eso no. Corro á buscarle y donde quiera que le encuentre, le diré que su madre quiere verle que su presencia es necesaria, que......en fin, tales cosas le diré que estoy segura que por esta vez no ha de desatender mi ruego.

ANTON. Apresúrate. Mira, y dile que el pan que fué á buscar para mí, ha llegado tarde; que ya no lo necesito; pero que su deber le ordena pagar á esta criatura (por Pepin) las deudas materiales y morales que conmigo contrajo.

ROSA. ¡Madre mía! Vuelvo pronto.

PEPIN (al verla marchar) ¡Mamá!

ROSA. Quédate c n abuelita. Yo vuelvo en seguida. Mira: voy á buscar á papá para que venga á darte un beso. ¿No quieres tu un beso de papá?

ANTON. Será mejor que le lleves.

ROSA. Me impediría andar de prisa, correr, que es lo necesario. Adios (mutis por el foro.)

ANTON. Otra vez aquí las sombras! Pero Dios mío, ¿qué es esto? (debilmente) Rosa, Rosa no te vayas .....ven...... lleva el niño...que me muero .....(pausa) que pena tan horrible!....... (llevándose la mano al corazón.) ¿Qué siento aquí? (respirando fatigosamente) Una losa muy grande.. muy grande; que no me deja respirar...... como pesa... y los latidos ceden y el corazón vá á quedar aplastado, y me voy á morir...y este niño

¡situación espantosa!...... pero Dios no lo permitirá........ no será cruel ........

PEPIN. ¿Qué tienes, abuelita?

ANTON. Corre, vete al portal y allí espera á mamá...... anda... anda...

PEPIN. (corriendo) Bueno.

ANTON. Oye. Ven antes. Dame un beso. (se lo dá) Otro, otro. (con fuerza) Muchos, dame muchos.

PEPIN. Ay! me haces daño.

ANTON. Adios, hijo mio. Adios, criatura desgraciada. (el niño se va foro presuroso) ¡Eh! [cogiendo el acta que Juan dejó sobre la mesa. El nombre de mi hijo! ¿Por que me grita el corazón que no debo leerlo? Estos sellos, estas firmas me hacen temblar! .. Valor!... (lée) «...correspondiendo al asociado Juan Renter la gloria de ser elejido para consumar un nuevo hecho glorioso pereciendo si es necesario para llevar á felíz término»... ¡Ay! ¿Y tu crees á esos hombres? ...... ¡No les creas, no..... ...y yo aquí, sujeta, sin poder moverme ¡yo quiero ir!......... probemos........ (se levanta apoyandose). ¡Dios mío¡ (al querer andar vacila) ¡Ay¡......no puedo......no puedo ......Y esta losa..... ¡Rosa!......¡Juan¡..... llevarme á la cama.........Nadie acude .........yo iré....Dios poderoso, un poco más! (apoyandose en la silla y en la mesa) Así ......así......(al desasirse de la mesa para entrar en la alcoba.) Ay!...¡¡las sombras!!...... (cayendo entre la mesa y la puerta)........ Ah! (muere)

## ESCENA IX.

JUAN por la puerta del foro, presuroso, con el semblante descompuesto; gotas de sangre en la cabeza, sin gorra y con el traje destrozado. Entra y cierra, cayendo despues desplomado sobre una silla

Sólo .... al fin! ¿Que dejo detrás de esa puerta? Sangre, desolación, ruinas, lágrimas, tristezas y todo consumado en breves instantes. El cuerpo oprimido armó el brazo despues de elejirle, y el brazo, juguete de la ima-

ginación, descargó el golpe. Nuestro poder se hizò sentir; nuestra venganza fué satisfecha. Salí de aquí, loco, cegado por las nubes de sangre que llenaban mis ojos. El afán de la venganza me guiaba y no me dejaba reflexionar. Llegué á la fábrica, busqué el sitio donde supuse que el daño había de ser mayor y la bomba infernal fué lanzada entre aquellas pruebas vivientes de la explotación y de la usura. La detonación fué ensordecedora; á ella siguieron gritos de indignación y áyes lastimeros; los primeros éran de los trabajadores y los áyes del Marqués. Allí estaba, entre los escombros, agonizando con cara endemoniada y abrazado á los pedazos desprendidos como si quisiera llevarse al otro mundo lo que tan sin conciencia ganó en éste. Allí estaba, mirándome; y yo, destrozado, envuelto también entre las ruinas, le gritaba: «¡Muere, infame, muere! Mira destruido por la mano del hombre lo que te hacía invulnerable. ¿Querías grandezas á costa de nuestra sangre? ¡Pues, muere arruinado y miserable! Los gritos de rabia de toda una generación te seguirán hasta más allá de la tumba, repitiendo: Maldito! Maldito! Maldito para siempre!» (Pausa) Me siento desfallecer. ¿Y mi madre? Acaso me escuchó... me acercaré de puntillas y...... (al dar la vuelta vé el cadáver) Ah!... no!...... es mentira!...... véo mal! (restregándose los ojos.) ¿Qué tengo yo aquí?....... Madre!....... ¡¡Madre!! Pero es verdad! ¿Eres tú?........ ¡¡Muerta!! Muerta por mí!......... Muerta por mí causa!...... (desvariando.) No fuí yo! ¿sabes, madre? no fuí yo; fué la fatalidad! la fatalidad ¡implacable quien lo hizo tomándome por instrumento!.... ¡Pero ya estoy aquí y nadie será bastante para arrancarme de tu lado!......¿No querías pan?...yo lo traeré; pan y lo que quieras, pero... óyeme... ¡contesta, Madre! Madre!! (cae, sollozando, sobre el cadáver.)

(Se oyen fuertes golpes en la puerta) Ya vienen po nosotros! Juntos irémos, juntos siempre!

SANT. (dentro.) Juan! Juan! abre, por Dios!

JUAN. ¿Quién trata de profanar este santuario?

SANT. (dentro) Abre, Juan; abre, hermano mío!...

JUAN. Santiago!...valor!...(abriendo, muy sereno.) Entra y descúbrete; mi madre há muerto.

## ESCENA X.

JUAN Y SANTIAGO (por el foro, con precipitación)

SANT. ¡Otra desgracia más! Escondete; huye enseguida. Te buscan.

JUAN. (Impasible.) Aquí estoy.

SANT. Alguien te vió entrar en esta casa y fué á avisar á la justicia. El pueblo está indignado y pide tu cabeza.

JUAN. (abríendo la puerta del foro.) Que vengan. Aquí me encontrarán; no he de oponer resistencia.

SANT. ¿Y tu vida? (Con angustia.)

JUAN. Puede perdonarse á quien mate, robe, incendie, destruya, pero un parricida no tiene perdón. Pues bien; yo he matado á mi madre. Si la justicia humana me condena por mi crimen, yo, con pleno derecho me constituyo jurado y me juzgo por el delito de parricidio. Me condeno á muerte. (Oyese rumor lejano.) Ya oigo los aullidos de la fiera que viene á devorarme; no los desconozco, así, así los soñé!

SANT. Evita la primera zarpada. Escóndete. No estremes tus locuras y vete pensando en el Dios que ha juzgarnos.

JUAN. Puesto en el camino, ni ese tribunal me amedrenta... y déjame que no quiero vacilar y he de tener el valor de mis actos.

SANT. Por tu hijo!... Sálvate!

JUAN. [Los rumores se van oyendo más cercanos] No pronuncies ese nombre... yo no tengo hijo. Si el mundo considera infamia la justicia de

los hombres, no quiero legar á esa criatura un nombre infamante.

SANT. Pues te obstinas en perderte, sigue tus ideas, pero no olvides las mías.

JUAN. Si cien años viviese no te olvidaría. Tu te encargarás de mi madre; ¿verdad? te quería como á un hijo y tu debes corresponderla. Cumple mis deberes. (Con emoción, abrazándole)

SANT. ¿Asoman lágrimas á tus ojos?... ah!... Juan; aun es tiempo del arrepentimiento, aun...

JUAN. ¡Calla! (fuertes voces dentro)

## ESCENA XI.

DICHOS JUEZ, GUARDIAS, 1º, 2º y PUEBLO

UN VECI. ¡Aquí es!

JUAN. (Resuelto.) ¡Adelante!

PUEB. (Forcejeando por entrar) ¡Matarle, canalla! Asesino!...

JUEZ. (á los guardias ) Que no entre nadie! Ustedes en la puerta. (Entrando) ¿Tu eres Juan Renter?

JUAN. (con arrogancia.) ¿Y tu quien eres?

JUEZ. La justicia!...

JUAN. A la justicia me entrego. Mi nombre, ¿qué te importa? si buscas al que rompió las cadenas de una esclavitud estúpida, ese soy yo; una cabeza que cortar es lo que necesitas, no un nombre; aquí tienes la mía.

JUEZ. Imbécil y loco, como todos los tuyos; á ver, atarle.

VOCES. ¡Muera el asesino! ¡Matarle! ¡Muera!

JUAN. Esa sería la justicia más pronta. (al Juez) Entrégame á esa turba.

JUEZ. ¡Canalla!

GD. 1º (atándole) Junta bien los brazos, ¡asesino!

GD. 2º Lástima de horca para esta jentuza.

JUAN. Señor Juez: no es noble ni digno el ensañarse con el vencido.

JUEZ. Para los bandidos no se hicieron las leyes de nobleza.

VOCES. Ya sale! ya sale!

SANT. Señor Juez, por caridad, ampárele contra la indignación de esa gente.

JUEZ. Andando. (Juan no se mueve) ¿No has oido?

JUAN. (Y mi madre?) (al Juez) Oyeme. Mi madre está ahí. Déjame despedirme de ella; soy breve.

JUEZ. No creo en esas sensiblerías de última hora; andando.

JUAN. ¡Espera! !Por tu madre, por tus hijos!...déjame!..

JUEZ. Enseguida.

JUAN. Si... (se acerca al cadáver y se pone de rodillas) Madre!... madre mía! ante ti me humillo; tú, la más santa de la mujeres, mi única religión, logras que te reze; yo hago para ti mis oraciones para tí nada más. Yo me arrepiento de mi ingratitud para contigo y por tí acepto gustoso la muerte. Pronto nos reuniremos, madre mia. No te digo "adios" sinó "hasta luego" y si por mis delitos me juzgas indigno de volver á verte, yo, humildemente te pido perdón... Perdón, madre querida, perdón, !Mira mis lágrimas tanto tiempo ocultas, salir al rostro vertidas por tí y para tí!... Madre!

VOCES. ¡Qué muera! Asesino! Hipócrita!

JUEZ. (levantando á Juan) Ya es bastante. En marcha.

SANT. Esas lágrimas te redimen. Vuelve tus ojos á Dios...! Tu madre te lo pide!

JUAN. Nunca...! Déjame!

ROSA. (dentro) Dejarme paso!... Dejarme!

JUAN. Rosa!... Suplicio espantoso!... (Resuelto) Marchemos!

## ESCENA ULTIMA

### DICHOS, ROSA Y PEPIN

ROSA. (entrando y abrazando á Juan) Juan! Juan de mi vida!

SANT. (cogiendo á Pepín) No digas que ese es tu padre

JUAN. (á Rosa) Aparta. No me hagas vacilar.

ROSA. Yo te defenderé! No han de llevarte!

JUAN. Qué has de poder tú, pobre criatura?

ROSA. Tu madre me ayudará!

JUAN. Mi madre ha muerto y me espera!

ROSA. Muerta!

JUAN. Vamos... adios madre... hasta luego... hasta luego... (marchando)

SANT. Ríndete ante tanto desastre.

JUAN. No! Déjame terminar mi papel en esta comedia del mundo sin que decaiga!

SANT. Pero eso es cinismo...!

JUAN. Quien tan facilmente fué criminal no ha de hallar inconveniente en ser cínico...! hasta luego, madre... (altivo) Vamos!

VOCES. Muera!... Muera!...

ROSA. Y se lo llevan! Juan!... (abrazando á Pepín) Hijo de mi alma!...

SANT. (cuando la escena se quede sóla) ¡Dios mío! perdona á la madre y ten piedad del hijo delincuente!

VOCES. Muera el asesino!...

[Telón lento. Rosa, Pepín y Santiago se arrodillarán junto al cadáver; los dos primeros sollozando. Las voces del pueblo no dejarán de oirse, cada vez más apagadas, hasta que caiga el telón.]

FIN DEL DRAMA.

Puede autorizarse la representación de esta obra.—El Censor MANUEL GONZALEZ. — Habana 25 de Abril de 1896. — Hay un sello que dice: Censura de Teatros de Isla de Cuba.

# CARTA ABIERTA

al eminente primer actor del Teatro Español

## D. Luis Roncoroni

---

*Querido amigo: esta carta es una satisfacción pública que quiero dar á V. para mi tranquilidad y para su prestigio; quiero hacer constar que el ruidoso éxito alcanzado por mi pobre* JUAN RENTER, *lejos de ser debido á sus escasos merecimientos, fué una entusiasta demostración de cariño y simpatía al actor que supo crear con su incomparable génio un personaje tan real, tan lleno de vida y tan apasionado. Mi humilde* ENSAYO *para poder parecer algo, necesitaba un* ELEGIDO *en quien encarnase perfectamente su protagonísta; en V. halló génio, pasión por el arte, figura, talento privilegiado, y todo cuanto pudiese necesitar el autor novel más descontentadizo.*

*Al reconocerlo así, hago á V. la justicia que merece, y le expreso la profunda gratitud que le guardaré eternamente.*

*Dispénseme el favor de dar en mi nombre á la notabilísima actriz Doña Dolores Rodriguez, las más sinceras gracias por el entusiasmo y cariño con que acogió é interpetró la* SEÑA ANTONIA. *¡Digna madre de* JUAN RENTER!

*La emoción intensa que hizo sentir al público y los aplausos con que éste premió su labor, le dijeron más, mucho más, de lo que yo soy capáz de concebir.*

*A la Sra. Maza y á Buxens, un apretón de manos, por que estuvieron verdaderamente inspirados.*

*A Paez, Marimón, Arimón, y á todos, en fin, mi agradecimiento eterno; todos acogieron sus papeles con benevolencia, y todos estuvieron bien.*

*¡Hasta otra!*

JUAN CORONA.

*Habana 1º de Mayo de 1896.*

# PUNTOS DE VENTA

En las principales Librerías de Madrid y Barcelona.

Pueden hacerse los pedidos de ejemplares, tanto al por mayor, como al por menor, al EDITOR, don Modesto Alonso, del comercio de la Habana, calle OBISPO NUM. 98. Dicho señor, perseguirá ante la Ley, al que, sin su permiso, reimprima la presente obra.